

Divina Misericordia en acción

por Lori Sage

El 16 de julio de 2010, Fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo, mi padrastró, Bruce, ingresó al hospital para una cirugía de hernia. La cirugía fue todo un éxito, pero mientras permanecía en la sala de recuperación hablando con mi mamá, él sufrió un ataque al corazón y estuvo sin oxígeno durante 12 minutos, antes de que pudieran revivirlo. Esa mañana, yo había leído la lectura del día y había asistido a la Misa matutina. “Vayan y aprendan qué significa: *Yo quiero misericordia y no sacrificios*” (Mt 9,13), fue un versículo que ya había leído antes y me encantaba, pero en los días siguientes, aprendería el sentido real de esas palabras.

Durante los días que siguieron, los médicos indujeron a Bruce a un estado de parálisis y redujeron su temperatura corporal a 91 grados, preservando así su corazón. Debido al impacto de la cirugía de hernia y el ataque al corazón con la falta de oxígeno, él requería otra cirugía para colocarle unos *stents* a fin de destapar totalmente el bloqueo en su corazón. Él estaba sufriendo por la abstinencia de alcohol y nicotina, tenía las enzimas del hígado elevadas y además neumonía. Se le sentía frío al tacto y muchos tubos diferentes salían de él.

Temíamos lo peor y no había manera de conocer los efectos que la falta de oxígeno tendría en él hasta que reaccionara. Por tanto, nos pusimos a orar. Llamamos y enviamos correos electrónicos a familiares, amigos, sacerdotes y ministros; avisamos a todos de su estado. La primera persona que vino al hospital y rezó por él fue mi párroco, el Padre Joe. Él le habló con ternura a mi familia, luego rezó conmigo por mi padrastró, quien no es católico y a quien nunca antes había conocido. El Padre Joe sabe y predica que la oración es esencial, y él sabía que también yo la necesitaba.

El domingo 18 de julio, asistí a la Misa vespertina, soy la sacristana de la iglesia. Llegué unos minutos antes, de manera que pude ingresar a nuestra pequeña capilla y rezar ahí antes de preparar la iglesia para la Misa. La capilla estaba vacía, quité el paño que cubre el Sagrario e hice una genuflexión. Cuando me fui a una banca y me arrodillé en el reclinatorio, inmediatamente sentí en mi espíritu el claro mandato: “Reza la Coronilla”. Ciertamente era algo que no le sucede a uno normalmente. Se me dio este mensaje de una manera tan contundente y urgente, lo cual me hizo saber de inmediato, que mi misión había comenzado.

El lunes, añadí la Novena de la Divina Misericordia a la coronilla y también coloqué una imagen de Jesús en la pared del cuarto de hospital de Bruce. Llamé y envié correos electrónicos a la gente para que comenzara a rezar conmigo y le dije a mi familia, que el martes siguiente, algo pasaría (no sabía qué) y que rezaran conmigo.

Mientras transcurrían los días y él yacía ahí sin reacción alguna y sin habla, las acciones de mi madre fueron actos de misericordia; era hermoso verla. Con todo amor permaneció a su lado todo ese tiempo. No queriendo abandonarlo, se sentaba al lado de su cama, acariciaba gentilmente su brazo y estrechaba su mano. Cuando su fiebre se elevaba, ella buscaba un paño frío y limpiaba el sudor de su frente. Mi mamá le hablaba a Bruce con palabras de ternura. Cada caricia y cada palabra hacían sentir que quería que él siguiera viviendo y fue muy bello ser testigos de ello. En esos momentos, experimenté lo que afirmaba el versículo de la escritura: “Yo quiero misericordia, no sacrificios”.

No se trata sólo de nuestros actos repetidos de culto, sino de nuestra devoción para amar. Es la negación de nosotros mismos a favor del otro, nuestra expresión de amor en medio del sufrimiento del otro y extender nuestras manos y pies a la manera de Cristo por el otro, lo que dice la Escritura. Fue entonces que sentí lo que Jesús quería que yo entendiera y viera en este momento de crisis. El versículo de la Escritura que tantas veces había yo leído y meditado, ahora cobraba vida.

Otro amigo sacerdote vino durante la semana a rezar por Bruce, a ver a mi mamá y a

visitarnos. El Padre Justin había llamado inmediatamente después de recibir un correo electrónico mío y me ofreció palabras de consuelo. Él simplemente me escuchó expresar lo que sentía ante lo que estaba ocurriendo. También él suele rezar la coronilla y especialmente cada vez que alguien tiene una gran necesidad de oración. Así que comenzó a rezarla. Cuando llegó al hospital, eran apenas pasadas las 3 de la tarde, el segundo día de la Novena. Esto era providencial, porque las intenciones de oración para el segundo día son por los sacerdotes y religiosos, y las 3 de la tarde es la Hora de la Misericordia. Mientras hacíamos la visita, sentí el impulso de rezar esta oración en voz alta por él y agradecerle a Dios su acto de misericordia conmigo y con mi familia.

Otro incidente providencial ocurrió con mi hermano Randy. Él acababa de terminar un entrenamiento laboral de una semana, justo cruzando la calle del hospital, así que podía venir a la hora del almuerzo y después del trabajo.

El viernes de esa semana, 23 de julio, Bruce comenzó a despertar y su fiebre bajó. El sábado, estaba alerta. Los médicos removieron el respirador y varios de los tubos. Esa tarde, lo trasladaron de la unidad de cuidados intensivos hacia otro piso. Tanto el domingo como el lunes fueron días de grandes mejorías en el lenguaje y las habilidades motoras.

El martes, 27, noveno y último día de la Novena, no fui al hospital. Llamé a Bruce por teléfono antes de irme al trabajo y él se oía extraordinariamente bien. Esa tarde, me disponía a acudir a un evento en la iglesia cuando recibí un mensaje de mi hermana que decía: “¡Papá regresa a la casa!” Inmediatamente llamé a mi mamá que iba conduciendo su auto. Era la primera vez que mi madre dejaba el hospital para hacer otra cosa que no fuera venir a mi casa un par de veces y dormir. Ella se dirigía al hospital y me llamaría después. Cuando me llamó, ¡dijo que lo daban de alta! Me reuní con ellos en la farmacia. Quería verlo por mí misma y así fue: ahí estaba él, en el coche, sonriendo.

Cuando hablé con algunos de mis familiares esa noche, les pregunté si recordaban que yo les había dicho que tuvieran presente el martes y ellos dijeron que sí, les dije: “¿Conocen esa oración, la de la Coronilla de la Divina Misericordia? Nosotros hemos estado rezándola ¡y de veras funciona! Funciona de acuerdo con la voluntad de Dios y Su voluntad fue sanar a nuestro papá adoptivo y revelarles a ustedes que la oración es real y que Dios está vivo”. La fe crece en momentos de incredulidad para el no creyente, si abres la puerta a lo inimaginable. Si permites que ocurra el cambio interior y rindes tu voluntad a la Suya, ocurrirán los milagros.

(Tomado y traducido de Rays of Merciful Love, Boletín de los Apóstoles Eucarísticos de la Divina Misericordia, Invierno de 2010, www.thedivinemercy.org)